

Reflexiones sobre la educación

José Luis Pérez

Director del Colegio Gredos San Diego Las Rozas

Quiero iniciar mi intervención con uno de los pensamientos del sacerdote José M^a Arizmendiarieta:

“Más que de las cunas en las que hemos nacido depende nuestra suerte futura de las aulas por las que hemos pasado”

Gredos San Diego Las Rozas hace camino al andar en el curso escolar 2007/08, impregnado de décadas de acervo cultural gracias a maestros que han sido ejemplo y espejo donde mirarse para otras generaciones venideras. Esas señas de identidad han servido para continuar un modelo educativo y un proyecto empresarial llenos de ilusión, compromiso y entusiasmo por atender una de las funciones sociales más nobles: instruir en el conocimiento y educar en valores.

Deseo hoy compartir con todos vosotros reflexiones sobre la educación. Como diría el filósofo Kant, el hombre sólo puede llegar a ser hombre a través de la educación.

Nuestra inteligencia personal no se desarrolla fuera del lazo social.

La moral surge del vínculo social. Toda la formación que pueda recibir un niño es inútil si no puede dedicar por lo menos una parte de sus esfuerzos a alguien que no sea él mismo: tiene que desarrollar un sentido de la responsabilidad social, que consiste en preocuparse de otras personas, trabajar por el bien de otros, vivir de acuerdo a unas normas sociales compartidas, controlar su propio comportamiento y desarrollar una capacidad para las relaciones sociales fructíferas.

La educación es instrucción + formación del carácter. La educación del carácter consiste en fomentar hábitos de la inteligencia, hábitos del corazón y hábitos operativos, para llegar a ser lo mejor que pueda llegar a ser. La virtud del hombre es el deseo inteligente dirigido al bien. Los grandes filósofos griegos distinguían entre virtudes intelectuales y virtudes éticas. Aquellas perfeccionan el modo de pensar; estas, el modo de actuar.

No somos seres lógicos, sino psicológicos. La educación nos da recursos para tener confianza en uno mismo, actitud activa frente a la realidad y sus problemas, resistencia, capacidad de entusiasmarse, valorar lo bueno y una cierta dureza para soportar la frustración.

Hay que repetir una y otra vez a los padres que tienen dos grandes herramientas educativas: la ternura y la exigencia. La ternura es acogimiento sin reservas. La exigencia es firmeza en las expectativas. Ambas herramientas son necesarias. Sin ternura, el niño crece en un ambiente duro que puede provocar todo tipo de miedos y rigideces; sin exigencia, el niño no aprende a dirigir su conducta adecuadamente, no sabe lo que se espera de él, hasta dónde puede llegar.

En cuanto educadores no nos queda más remedio que ser optimistas, porque educar es creer en la perfectibilidad humana, en la capacidad innata de aprender, en que los hombres podemos mejorarnos unos a otros por medio del conocimiento. Ser humano consiste en la vocación de compartir lo que ya sabemos entre todos. Lo propio de la humanidad es la compleja combinación de amor y pedagogía.

Si la cultura puede definirse como *“lo que el hombre añade al hombre”*, a través del aprendizaje se fraguará su identidad personal irreplicable.

En la escuela sólo se puede enseñar los usos responsables de la libertad. Hubert Hannoun en *Comprender la educación* aventura que educamos *“para no morir, para preservar una cierta forma de perennidad, para perpetuarnos a través del educando como el artista intenta perdurar por medio de su obra”*. La educación constituye así algo

parecido a una obra de arte colectiva que da forma a seres humanos en lugar de escribir en papel o esculpir en mármol.

El niño no sabe que ignora, es decir, no echa en falta los conocimientos que no tiene. Es el maestro quien cree firmemente que lo que enseña merece el esfuerzo que cuesta aprenderlo. No puede exigirse al niño que anhele conocer aquello que ni siquiera vislumbra, salvo por un acto de confianza en sus mayores y de obediencia ante su autoridad.

La autoridad personal no se recibe de nadie, sino que se alcanza por méritos propios, es una autoridad conquistada, un poder legítimo, personal, ganado por el propio esfuerzo, y que no usa medios coactivos para imponerse. Es la irrupción de la razón, del saber, de la valía personal, de la capacidad de convencer. Provoca respeto, admiración y escucha. Su influjo es solo la manifestación de la excelencia. Es la *autoridad merecida*. Se mueve, pues, en un plano de exigencia ética.

Se puede ser una autoridad en ciencia, en tecnología, en economía, y también se puede ser una autoridad moral, es decir, una persona que influye en los demás no por su poder, ni por su fama, sino por su honradez, sabiduría, justicia.

La palabra autoridad proviene etimológicamente del verbo latino *augeo*, que significa “hacer crecer”. El profesor no sólo enseña con sus meros conocimientos científicos, sino con el arte persuasivo de su ascendiente sobre quienes le atienden: debe ser capaz de seducir sin hipnotizar. ¡Cuántas veces la vocación del alumno se despierta más por adhesión a un maestro preferido que a la materia misma que éste imparte!

Para concluir, es un buen momento para recordar que la pedagogía tiene mucho más de arte que de ciencia, es decir, que admite consejos y técnicas pero que nunca se domina más que por el ejercicio mismo de cada día.

Se ha terminado el tiempo del profesor aislado, metido en una burbuja con sus alumnos. La Comunidad entera es la que educa, por múltiples vías.
Muchas gracias.